

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Middlewick

Erik Sabol

I

El soldado alzó su antorcha y se inclinó hacia delante, haciendo crujir el cuero de sus zapatos. Entrecerró los ojos, apretando los párpados para examinar cuanto veía. La luz de su llama proyectaba sombras que bailoteaban por el huerto de árboles frutales, retorciéndose y cambiando de forma entre los matorrales, como oscuras extremidades que huyesen de la luz de las estrellas. Sobre él, el viento —recio e inusualmente frío para ser principios de otoño— forcejeaba y se revolvía a través de la bóveda de hojas y ramas, meciendo en un lento vaivén los siete cadáveres que pendían ahorcados.

Se quedó unos minutos a los pies ensangrentados del anciano, que colgaba pesadamente de un pequeño roble. El resplandor de la llama oscurecía el contorno de la delicada estructura del cadáver y acentuaba su esquelética fragilidad; entre los harapos de su ropa, la luz desvelaba las manchas de la edad, heridas abiertas, venas abultadas y algo extraño bajo los jirones de tela que se agitaban contra el hundido pectoral del muerto. El soldado estiró el cuello. Con cuidado, alzó una mano enfundada en el correspondiente guantelete y entrecerró los ojos, mirando con intensidad a la luz del fuego, mientras sostenía un trozo de tela con dos dedos. Acercó más la antorcha e inclinó la cabeza mientras tiraba suavemente hacia abajo del jirón, siguiendo los intrincados pliegues rojos que dividían la piel del torso del anciano y continuaban por el esternón, por el vientre, y...

—Harringer —gruñó un hombre desde el linde de la arboleda—. Deja de desnudar cadáveres.

El soldado se volvió, con la antorcha tendida, proyectando luz sobre el oscuro sendero entre los árboles. El recién llegado esbozó una mueca, con los brazos en jarras. Su armadura negra le brindaba un camuflaje casi perfecto entre la vegetación en penumbra. Pavoneándose, dejó atrás su sonrisa —dos filas de dientes perfectamente blancos enclavados en un austero paisaje de profundas arrugas y una barba incipiente— y se colocó junto al joven soldado.

Harringer se giró de nuevo hacia el cadáver, que se balanceaba pendido de su soga.

—Stretvanger ha perdido el juicio —dijo, volviendo a estirarse para estudiar los zarpazos en el torso del hombre—. ¿Has visto lo que le ha hecho a este desgraciado?

El hombre de armadura oscura negó con la cabeza.

—Pues no. Y tú tampoco deberías. Las manos quietas, ¿recuerdas? No nos permiten tocar esas cosas.

—Y ¿por qué crees que será?

—No me incumbe —dijo, y se mordió el labio inferior, contemplando pensativamente el anciano cuerpo—. Stretvanger quiere que se desangren. No podemos tocarlos hasta que el mandamás dé la orden, ¿entendido?

Harringer asintió, distraído, recorriendo con la mirada la carne blanquecina y húmeda del muerto.

—A este pobrecillo le ha tallado símbolos en el pecho y en el estómago.

Se pasó la antorcha a la otra mano y siguió investigando.

—Quiere que la sangre chorree, que se queden secos. Stretvanger insistió mucho en ello. Los quiere secos como pasas.

—Es muy raro, ¿no te parece? Lo de rajarlos trazando dibujos.

El recién llegado se encogió de hombros.

—No más que atacar Middlewick y ordenar la ejecución de cuatro granjeros, dos camareras y una matrona sin causa o motivo aparente.

Harringer siguió el recorrido de los cortes por el estómago del cadáver y empezó a aflojarle los pantalones.

—Este hombre no era granjero. Era florista, creo.

Desató el cinturón de cuerda con una mano, le bajó los harapientos pantalones y tocó las cuchilladas de los demacrados muslos, tanteando su trazado de arriba abajo. La sogá gimió contra la rama.

—Por el amor del cielo, Harringer, hay un burdel en Southfield. Termina de patrullar y yo te invito a un meneo, pero, por lo que más quieras, vuelve a ponerle los pantalones al pobre granjero.

—*Florista* —le corrigió Harringer, subiéndole los pantalones y volviendo a atarle el cinturón—. ¿Crees que Stretvanger también habrá grabado cosas en los demás cadáveres?

El hombre escupió hacia los árboles.

—No sabría decirte. Guarda muchos secretos. Llevamos cuatro días, hemos matado a siete personas y aún no ha dado ni una mísera explicación.

Harringer se detuvo brevemente, sumido en sus pensamientos con el ceño fruncido. De pronto, dio media vuelta y echó a andar a toda velocidad, adentrándose en el huerto.

—Harrin... —El hombre de la armadura negó con la cabeza y suspiró, para, acto seguido, ir tras el soldado al corazón de la arboleda—. ¡Maldita sea, Harringer! No toques nada, ¿vale?

Cuando el ruido de sus pasos se hubo desvanecido y la antorcha de Harringer fue apenas un destello entre los arbustos, dos niños salieron de la oscuridad. Dalya e Istanten se quedaron en el sendero escuchando las voces de los soldados, calculando a qué distancia podrían encontrarse. Entonces, sacando unas tijeras de podar de la pretina, Dalya se apresuró a acercarse al huesudo y viejo cuerpo sin vida que aún colgaba del roble.

—Tú vigila —le dijo a Istanten—, que yo lo bajo.

El muchacho se apretó la garganta con dos dedos y profirió una especie de gruñido ronco, a modo de confirmación.

Dalya se llevó las tijeras a la boca, sujetándolas entre los dientes. Agazapándose bajo el cadáver, se aproximó al árbol y tanteó el tronco, para ver dónde podría agarrarse. Istanten dejó de mirar la lejana llama de Harringer para centrarse en el grácil ascenso de Dalya a la copa del roble, observando a su compañera ir de una rama a otra y contonearse para guardar el equilibrio, rumbo al extremo anudado de la sogá.

Camino abajo, la ronca carcajada del recién llegado resonó en la arboleda.

Asiéndose a la rama con un brazo, Dalya cogió las tijeras de la boca y estiró el otro en dirección a la cuerda. Fue cortando con paciencia, apretando las cuchillas una y otra vez, mientras la sogá se mecía y la rama crujía bajo la presión del peso y del movimiento. Las primeras hebras de fibra saltaron violentamente y se deshilaron bajo las tijeras; ella insistió, ganando velocidad a medida que la cuerda se desenredaba y el cadáver descendía desacompañadamente.

Istanten se apretó la nuez con dos dedos y emitió un gruñido grave. Dalya se quedó inmóvil. Un tenso gorjeo salió de los labios del muchacho, que puso pies en polvorosa y se agazapó en las sombras. Dalya escuchó la voz de Harringer, aún lejos en el sendero, pero acercándose.

—¡Istanten! —susurró, agarrándose con fuerza a la rama.

El muchacho no le devolvió respuesta alguna desde su escondite. Dalya refunfuñó, apretó los dientes y siguió rasgando la soga. Vislumbró la luz de la antorcha por el rabillo del ojo cuando la claridad atravesó la maleza y bañó el sendero. La muchacha apretaba las tijeras una y otra vez con más energía. Los músculos del brazo le ardían y tenía el aliento atrapado en la garganta. La soga se deshacía bajo las cuchillas, sosteniendo el cadáver cada vez con menos contundencia. Los pasos de Harringer ya se oían cerca; oía el crujido de las hojas y las piedras bajo sus botas, y el suave tintineo de las hebillas con cada pisada. Dalya forcejeaba furiosamente con la soga, seccionándola hebra a hebra con el frío acero de las tijeras, hasta que la voz de Harringer resonó en la silenciosa oscuridad.

—¡Eh, oiga! —dijo el soldado, moviendo la antorcha.

Dalya giró la cabeza con precaución, entrecerrando los ojos para distinguir su silueta a través de la luz de las llamas. El corazón le latía desbocado, como queriendo salirse del pecho. Intentó responder, pero no logró articular palabra, así que se quedó agarrada a la rama varios segundos, en silencio. Harringer se acercó arrastrando los pies, con la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada. Dalya tragó saliva y aplacó sus nervios inspirando profundamente.

Los árboles estaban demasiado apiñados a ese lado del sendero. Sin embargo, si bajaba de rama en rama, tocaba tierra firme y se lanzaba a los arbustos del otro lado, podría desaparecer con Istanten al momento, antes de que el soldado pudiera siquiera plantearse la posibilidad de seguirla. Pero si caía mal... Si perdía el equilibrio o se torcía un tobillo...

Iba barajando mentalmente posibilidades mientras la silueta de Harringer se aproximaba. Inmovilizada de pura indecisión, se agarró con fuerza a la rama y observó como el soldado se acercaba hasta llegar al pie del árbol. Apretó las tijeras en el puño y estranguló la rama con el brazo. Se tensó, preparándose para dar el salto, pero Harringer siguió andando. Dalya sintió el calor de la antorcha cuando pasó de largo y avistó al hombrecillo en el sendero, unos cuarenta metros más allá, en el momento en el que la luz de Harringer lo encontró en la penumbra de la arboleda.

—¡Señor! —gritó el soldado—. No puede estar aquí.

El diminuto hombre no respondió. Se limitó a negar con la cabeza, como ausente, con las manos entrelazadas delante del pecho, mientras contemplaba, alzando la vista, a la joven mujer que pendía de su soga. Harringer repitió la advertencia, acelerando un poco el paso. El hombre señaló al cadáver y sonrió con tristeza.

—Mi esposa —dijo.

Harringer avanzó cautelosamente y le dio unas palmadas en el hombro. Con delicadeza, se lo llevó fuera de la arboleda, adentrándose en la oscuridad.

Dalya exhaló, temblorosa. Despegó los dedos de la rama, donde había clavado las uñas, y se afianzó en su posición, con el viento agitándole el pelo y la ropa. El cadáver rotaba a causa de la brisa, haciendo que la soga emitiera un quejido seco. Istanten salió tambaleándose de entre la maleza, saludó a Dalya con la mano y luego señaló el cadáver.

—¿Qué pasa? —susurró la muchacha.

La soga se retorció, gimiendo, y, con un último "crac", el cuerpo sin vida se desplomó en el suelo. La rama se agitó con fuerza y lanzó a Dalya por los aires, que cayó a plomo sobre el cadáver. Istanten la ayudó a incorporarse y le dio unos segundos para recobrar el aliento antes de coger al muerto por las axilas y arrastrarlo hacia los matorrales.

Dalya volvió a meterse las tijeras en la cintura, se sacudió el polvo de la ropa y cogió al viejo por los pies.

—Cuidado con la cabeza —dijo y, juntos, los niños llevaron el cadáver hacia los árboles, rumbo a Middlewick. No hicieron ruido alguno en su travesía por el campo; el bramar del río y el graznar de los cuervos fueron su única compañía en mitad de la noche.

II

Dalya despojó de sus harapos el demacrado cuerpo de su abuelo. Le arrancó un retal de su camisa, lo empapó y, con mimo, limpió el barro del pecho y el rostro del anciano. Limpió también los bordes de las heridas que lo atravesaban de arriba abajo, una serie de símbolos dibujados con crueldad en su carne, para, a continuación, arrastrar el frío cuerpo al dormitorio principal. Los primeros rayos del sol tiñeron de color el cielo al alba, mientras lo metía en la cama y subía las sábanas hasta su barbilla barbada. Le plantó un beso rápido en la frente y salió caminando pesadamente hacia la choza que había tras la casa.

Allí cambió las tijeras por una pala y partió hacia el bosque de las afueras, la arboleda que había frente al huerto. Mientras recorría los extensos campos bañados por la luz crepuscular, con la mente entumecida por la aventura de la noche anterior, se encontró a sí misma curiosamente ligada a la pala de su abuelo. Había sido propiedad del anciano durante décadas, pero más como adorno que como útil de trabajo; elaborados jeroglíficos decoraban la oscura madera del mango, descendiendo en espiral hasta acabar en la base de la cabeza de marfil. Esta era estrecha y extremadamente afilada, con finos grabados de flores y enredaderas.

Era sin duda una herramienta llamativa, y Dalya, en sus doce años de vida, nunca había visto a su abuelo usarla.

Dio con el claro en el preciso momento en que el sol despuntaba sobre las montañas. Tras cerciorarse de las medidas, un metro ochenta por un metro veinte, clavó la pala de marfil en el terreno y arrancó el primer puñado de tierra de bajo sus pies. Se pasó la mañana desgarrando el lecho del bosque, con cuidado de no romper ninguna raíz o dañar la flora circundante, horadando poco a poco el suelo, ahondando más y más la tumba de su abuelo.

A mediodía, paró a descansar. Se escabulló del hoyo con el pelo pegado a la frente y a la cara, y la ropa llena de tierra. Pasaron los minutos. Disfrutaba de la fresca brisa del bosque mientras recobraba las fuerzas y meditaba al son del canto de los pájaros. Pero esa sensación duró poco.

El sonido de pisadas apresuradas y el crujido de la maleza le hizo un nudo en el estómago. Se puso en pie de un brinco, pala en ristre para defenderse. Girando sobre sus talones sobre la tierra batida, escrutó los árboles en busca del origen del sonido, mirando inquietamente a cada sombra y rama que se moviese.

Istanten salió tropezándose de entre los matorrales. Dalya se encogió y se balanceó hacia atrás, a punto de perder el equilibrio al borde del hoyo.

El muchacho se puso en cuclillas para recobrar el aliento, resollando gutural y entrecortadamente.

Dalya clavó la pala en tierra y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué ocurre?

Alzó la vista para mirarla, jadeando, y señaló al oeste en dirección a la ciudad. Con la otra mano, se apretó la garganta con dos dedos y emitió un gruñido bajo.

Dalya se arrodilló delante de él, buscando sus ojos bajo el flequillo pegado de sudor.

—¿Han encontrado a mi abuelo?

El muchacho no respondió. No hacía más que resoplar y jadear, sin dejar de señalar en dirección a Middlewick con el dedo tembloroso.

Dalya se levantó de un salto y se apresuró entre los matorrales, luchando contra las ramas y zarcillos que le tiraban del pelo y de la ropa. Tropezó con rocas y raíces, pero logró mantener el equilibrio mientras corría hacia el pueblo, inconsciente de su propio agotamiento y del fuego en sus pulmones, y emergió del linde de la arboleda en un torbellino de erráticos jadeos y brazos y piernas agitados. Saltó vallas y dejó atrás campos, levantando la tierra a su paso. Con la cabeza gacha, los brazos moviéndose desafortadamente, el corazón desbocado, atravesó calles, esquivó gente, carros, coches de caballos y bestezuelas, hasta doblar la esquina hacia la casa de su abuelo.

La calle estaba vacía. La casa estaba solitaria y silenciosa al comienzo de la calle. La sobrevino una enorme sensación de alivio, inundándola como una marea. Las piernas le fallaron, al fin, y la muchacha se desplomó sobre los adoquines. Allí se quedó sentada, con el pelo alborotado, hecha un mar de lágrimas y sin aliento, observando la casa desde fuera, increíblemente reconfortada y exhausta.

De pronto, una sombra atravesó la calle, tan ancha y tan inmensa que Dalya pensó que el sol se había ocultado tras las nubes. Dalya se volvió, con una dolorosa bolsa de nervios creciéndole en el estómago.

Stretvanger se cernía sobre ella, un hombre imponente envuelto en su regia túnica. Tenía el rostro oculto bajo los oscuros pliegues de la capucha, pero su cincelada barbilla sobresalía como una roca al borde de un precipicio. La amplitud de sus ropajes traicionaba la inmensidad de sus formas excepto por el cinturón que llevaba ajustado; aquella tira de cuero, gruesa y suave, mediría, totalmente estirada, más que la muchacha, o eso calculaba Dalya. Varios soldados —Harringer y su camarada de la armadura negra, entre otros— se desplegaron tras el gigantesco obispo, severos y estoicos en su postura.

Stretvanger alargó la mano hacia ella —al hacerlo, su cuerpo emitió un sonoro quejido— y la agarró delicadamente del brazo. Con un suave tirón, la puso de pie.

—Pequeña —dijo, con una voz que traslucía una impaciencia incipiente—, ¿está tu abuelo en casa?

Dalya se apartó un mechón de pelo de los ojos. El fuego de la mirada de Stretvanger hizo que su confianza se resquebrajase, y la única respuesta que pudo esbozar fue una sacudida de cabeza. Cuando vio que su enclenque farol no lograba zafarla de aquella imperturbable mirada, Dalya señaló con dedos temblorosos el bosque, al oeste.

—Está en el huerto —dijo con un hilo de voz—. Donde lo habéis dejado vosotros.

—Muy astuta tu respuesta, pero falsa. Tu abuelo desapareció anoche.

Su mirada voló de golpe a la puerta de la casa.

—Pero la muerte es un defecto despiadado. Sospecho que no habrá llegado lejos.

Cogió un pellizco de la manga manchada de tierra de Dalya y miró con avidez las vetas de tierra de la camisa y los pantalones de la muchacha. Sus labios esbozaron una sonrisa crispada.

—¿Lo has visto?

—No, creo que...

Stretvanger señaló con la cabeza hacia la casa.

—¿Me dejas echar un vistazo, entonces?

Dalya avanzó cautelosamente hacia la casa, saliendo de la enorme sombra del obispo.

—No.

—¡Qué modales! —bromeó, con una melosa risilla que resonó en la oscuridad de su capucha.

Se giró y ladró una orden a la multitud de soldados que aguardaban en formación. Se desplegaron en dirección a la casa; Stretvanger los seguía, caminando despreocupadamente alrededor de la pequeña mientras avanzaba.

Un arrebató de pánico y furia invadió la garganta de Dalya.

—Esto... —comenzó— ¡Esto no está bien! Lo que le hacéis a esta gente, lo que nos hacéis a *nosotros* ¡no está bien!

Stretvanger dio orden de detenerse. Volvió la cabeza, mirando a Dalya por encima del hombro.

—Las ovejas no tienen por qué entender los motivos del pastor. No te alteres. Estamos purificando este territorio.

La inquietud se apoderó del corazón de Dalya, tornándose en ira y envenenando sus palabras con amargo rencor.

—Te equivocas.

El gigante se encogió de hombros.

—Los niños no tienen cabida en la política —murmuró, y dio una señal a sus soldados. El aire zumbaba con el timbre del acero; los soldados se agolparon en la casa. A patadas, alzadas las espadas y los espinazos rígidos, echaron abajo la puerta.

—Registrad los armarios. Saquead el desván. Comprobad los exteriores. El cuerpo está *aquí* y quiero recuperarlo.

La milicia entró a la carga.

—¡Sangre! —gritó a sus espaldas—. Ese cerdo aún sangra. Buscad sangre oscura, coagulada.

Desde la calle, Dalya oía el estruendo de la porcelana al romperse y de la madera haciéndose astillas. Con los brazos cruzados y el sol a su espalda, Stretvanger observaba a sus hombres registrar la casa desde su posición en el jardín mientras se balanceaba sobre los talones.

A Dalya le caían gotas de sudor en los ojos. Paralizada por la ira, ni siquiera parpadeada para enjugárselas. La sal le escocía y le emborronaba la visión, pero no perdía de vista al torpe gigantón con pesadas túnicas que supervisaba la devastación de la casa de su abuelo. Su casa. Escuchó mientras rebuscaban en su cripta de recuerdos, la fuente de su consuelo, el único sitio que había conocido merecedor de llamarse su hogar. Y se estremeció de rabia.

Levantó un adoquín puntiagudo de la calle. Rechinando los dientes y frunciendo el ceño, sopesó bien las medidas de la espalda de Stretvanger y, con los nudillos blancos de la fuerza con la que agarraba la piedra, se le acercó sigilosamente, sin dejar de mirar el espacio desprotegido de apenas unos centímetros bajo su cinturón: la base de la columna del gigante. Se movía veloz, traicionando su silencio al caminar, pero Stretvanger no se volvió. Cuando tuvo al gigante a menos de un brazo de distancia, Dalya levantó el adoquín, lo apretó aún con más fuerza y se dispuso a hacer blanco en su objetivo.

Pero, justo antes de atacar, Harringer salió por la puerta dando tumbos. Tenía la espada enfundada y sus dedos estaban llenos de cortes y astillas.

—Hemos encontrado sangre en las sábanas del viejo —dijo.

El obispo escuchaba con la boca ligeramente entreabierta.

—¿Sangre? —La palabra resonó en el interior de la capucha como un redoble de tambor— ¿Sí?

Harringer no miraba a los ojos a Stretvanger, optando en su lugar por estudiar el terreno entre los pies del gigante.

—Pero el cuerpo no está. Hemos mirado en todos los sitios posibles.

Dalya frunció el ceño. Dejó caer la piedra y retrocedió, tambaleándose. Stretvanger se quedó en silencio unos segundos antes de girar sobre sus talones y mirar a la niña. La fulminó con su fría mirada durante un breve y tenso instante, sus emociones veladas tras la sombra de su capucha, antes de tragar saliva y asentir levemente.

—Bien —murmuró el obispo, dejando atrás a la niña y avanzando presuroso hacia la ciudad.

III

Finalmente, los últimos soldados se marcharon, dejando a Dalya empantanada entre un batiburrillo de ropa y cofres volcados a los pies de la cama vacía de su abuelo. Las sábanas, con oscuras manchas de barro, la envolvían como si de una sórdida crisálida se tratase. Lloraba, con las rodillas apretadas contra el pecho, contemplando el destrozo a través de la bruma de sus lágrimas. Pasó varios minutos allí acurrucada, volviéndose más de una vez a mirar la cama en busca del frágil cuerpo del anciano. La estrecha impronta de su cuerpo aún se distinguía en la cama, junto con la sangre seca y la mugre, pero el cadáver había desaparecido: se había esfumado como humo en un vendaval.

Un gato callejero maulló en la distancia.

Dalya se enjugó las lágrimas con la sábana sucia y, tambaleándose, se puso de pie. Avanzando a trompicones entre aquel desbarajuste, se acercó a la ventana y abrió las cortinas. Los cálidos rayos del sol se derramaron a través de los cristales, atrapando las tenues espirales de polvo que surcaban el aire del dormitorio. Torpemente, se tambaleó hasta los baúles de color cereza de la esquina opuesta y comenzó a estirar la ropa arrugada de dentro. Tenía la mente en calma mientras lo hacía, con sus pensamientos congelados en una quietud ajena a todo. Recogió las cosas de su abuelo: viejas notas, unos cuantos anillos deslustrados que nunca había visto..., y lo colocó todo ordenadamente en los cofres, a lo largo de las paredes.

En la esquina opuesta de la habitación, bajo unos pantalones hechos un gurrño, Dalya encontró el ajado diario de su abuelo. La cubierta, oscura y arrugada, avejentada por el paso del tiempo, pendía intacta de unos cuantos hilos flojos; las páginas colgaban del lomo como cien lenguas amarillentas y quebradizas. Dalya, por primera vez, se fijó en los primitivos garabatos bajo la arrugada portada. La letra le resultaba familiar, como los cortes del cuerpo del anciano, pero no entendía aquel idioma: palabras aleatorias y símbolos transcritos desordenadamente en cada página, rebosando hasta los márgenes, a lo largo de la mayor parte del diario. Encontró unos cuantos dibujos cerca de la contraportada: flores o paisajes sencillos, pero nada que reconociese de forma inmediata.

El gato callejero volvió a gemir en algún lugar cercano a la puerta. El sonido de los arañazos, frenéticos y amortiguados, captó la atención de Dalya. Dejó el libro en el suelo junto a los cofres, cruzó cautelosamente la habitación y asomó la cabeza al pasillo.

—¿Hola? —dijo.

Por un instante, la casa quedó en silencio. Entonces, volvieron a oírse maullidos desesperados procedentes de la cocina, al final del pasillo. Se acercó lentamente al origen del sonido, avanzando paso a paso con sumo cuidado, hasta doblar la esquina y pisar las frías baldosas de piedra de la cocina vacía. Había fragmentos de platos decorativos esparcidos por el suelo, y la mesa estaba volcada contra la pared del fondo. El sonido de arañazos era más fuerte ahora. Más intenso. Humano.

Respirando entrecortadamente, Dalya corrió a la despensa. Tras apartar rodando los barriles volcados de arroz y patatas, metió los dedos bajo el borde de los tablones del suelo y tiró hacia arriba de un panel cuadrado. Bajo el suelo, en el agujero que había bajo la despensa, estaba sentado Istanten; el muchacho la miró con unos ojos humedecidos y abiertos de par en pa. Tenía el cadáver de su abuelo encima.

Dalya sonrió.

—¿No puedes salir?

Istanten gruñó. Alzó la mano desde el fondo del agujero. Dalya le agarró la mano y lo ayudó a salir de debajo del cadáver. Trepó afuera, liberado, y, con la manga, se limpió los restos de lágrimas de las mejillas. Dalya se asomó al agujero un instante, estudiando el cadáver derrumbado de su abuelo.

—¿Está... herido? —preguntó.

El muchacho puso los ojos en blanco y se encogió de hombros, apartándose el pelo de la cara con los dedos. Su abuelo estaba desplomado de un modo muy extraño, con el cuello doblado y los brazos retorcidos en el estrecho orificio.

—Odio dejarlo así, pero creo que ahí está mejor que en cualquier otro sitio.

Istanten profirió un gruñido, a modo de acuerdo. Dalya volvió a deslizar el panel a su sitio y se metió en la cocina, pasando junto a Istanten.

—¿Te quedas a vigilar, por favor?

Sus ojos se oscurecieron y negó furiosamente con la cabeza.

Dalya asintió.

—Vale. Pero tenemos que terminar la tumba. Esta noche. Salió al pasillo y se dirigió a la puerta.

Istanten gruñó suavemente y la siguió; sus pasos resonaron en la casa vacía.

IV

Dalya sacó con la pala otro montón de tierra de la tumba, lanzándolo a un lado con el pulso tembloroso. Le dolían los brazos. Un penetrante dolor le invadía las canillas y los tobillos. Sentía los ojos hinchados y pesados, el cuerpo frágil y débil bajo un pesado manto de agotamiento. El sol de la tarde se hacía desear tras las oscuras nubes, y los bosques se hacían más fríos a su alrededor.

Istanten patrullaba el perímetro, con los dientes castañeteándole y los párpados palpitando contra la gélida brisa de otoño. Durante horas, observó la maleza en busca de cualquier sonido o movimiento, estudiando los árboles con los brazos resguardados bajo su camisa.

Los muchachos no cruzaron ni media palabra hasta la noche, cuando a Istanten se le enganchó el zapato en una raíz. Cayó de bruces, raspándose la cara con las hojas secas y las piedras del suelo del bosque. Tras sacar los brazos, Istanten se puso torpemente en pie. A pesar de tener la cara manchada de barro, la luz de la luna dejó entrever una agonizante fatiga en sus pupilas faltas de vida. Desde lo hondo de la tumba de su abuelo, Dalya sonrió y le tendió una mano temblorosa a su compañero. Istanten se tambaleó hacia ella, la cogió de la muñeca y la aupó fuera del agujero.

Dalya clavó la puntiaguda pala en la tierra sin remover de al lado de la tumba. Abrazó a Istanten y besó al muchacho en la mejilla.

—Te debo todo por ayudarme —dijo, dejándose caer sobre él, agotadamente—. Anda, vete a casa. Duerme un poco.

Istanten se apartó de ella, apretó el pulgar contra la garganta y gruñó con amargura.

—No pasa nada —le aseguró—. Aquí ya hemos terminado. Ya es bastante profunda.

Dalya avanzó hacia los árboles y se sentó, acercándose las rodillas al pecho para defenderse del frío.

El muchacho sopesó la estampa durante varios segundos, refunfuñando tan bajo que casi se hacía inaudible con el viento.

—Voy a sentarme unos minutos —dijo, haciéndole entender con un gesto de la mano que podía irse—. Sigue tú. Nos vemos mañana.

Istanten se encogió de hombros, dio media vuelta y echó a andar lentamente adentrándose en la oscuridad, con pasos pesados y cansados.

Dalya se quedó sola un buen rato, con la brisa y el suave arrullo del follaje como única compañía. Estaba demasiado incómoda para quedarse dormida, pero, con todo, descansó los ojos y apoyó la cabeza contra la arrugada corteza de un roble, relajando los brazos y las piernas y frotándose inconscientemente los brazos ateridos. Para tranquilizarse, contaba los segundos que pasaban. Llegaba a los mil cuando una voz interrumpió sus pensamientos.

—Hace demasiado frío para dormir a la intemperie.

Dalya abrió los ojos de golpe. Se puso en pie de un salto y se giró, mirando inquieta y alternadamente cada árbol, cada rama, cada sombra que se movía. Lo primero que vio fue la sonrisa, una hilera de dientes inmaculadamente uniformes que contrastaba con la negritud del bosque. A medida que el hombre se le fue aproximando, se convirtió en una forma, luego una silueta y, finalmente, cuando apenas estaba a un brazo de distancia, en una contundente presencia ataviada con una armadura tan oscura como el cielo.

El amigo de Harringer, el del huerto.

—¿Qué haces aquí? —soltó ella, con las rodillas temblándole bajo su peso.

El soldado avanzó, dejándola atrás, con la armadura tintineando suavemente mientras se movía. Se quedó silenciosamente en pie junto a la tumba, con los brazos en jarras, y barrió el claro con la mirada. Tras un momento, tomó asiento y espiró sonoramente.

—¿Quién era? El anciano.

Dalya dudó, helada, contemplando con los ojos como platos al hombre de espaldas.

Él la miró por encima del hombro y levantó una ceja.

—El cadáver que busca Stretvanger. ¿Quién era?

Sus miradas se enredaron y compartieron unos cuantos tensos segundos antes de que Dalya contestara:

—Era mi abuelo.

—Seguro que era más que *eso*, con todo el tiempo que hemos perdido tratando de localizarlo.

Una fuerte ráfaga de viento bramó atravesando el claro. Las hojas bailaron en el follaje que los cubría.

—Dicen que era granjero.

—Florista —corrigió Dalya—. Era el florista del pueblo.

El soldado le sostuvo la mirada, estudiándola en la oscuridad.

—¿Y qué más?

—Un viajero.

—¿Ah, sí?

Dalya asintió y dijo, con las lágrimas que le brotaban ahogándole la voz:

—Y carpintero. Contaba cuentos, era risueño, amaba a los animales, siempre madrugaba y... —dijo, y ahí se atascó. Inspiró hondo, con respiración temblorosa—. Y era el único padre que he conocido nunca. Era un buen hombre y no se merecía esto.

El soldado de la oscura armadura volvió a darle la espalda, agachándose junto a la sepultura.

—Un buen hombre —murmuró. Lo dijo mirando al hoyo del suelo, casi como hablando consigo mismo.

—A tu edad, pequeña, te habrás dado cuenta de que las cosas en nuestro reino no son blancas o negras. Es todo de un horrendo y confuso tono gris pálido. Desde tu perspectiva, es un lugar en el que cuelgan a afables floristas sin razón ninguna y donde los delincuentes visten hábitos reales y dan órdenes a la plebe.

Se incorporó de nuevo y se volvió hacia ella con los talones al borde de la tumba.

—Sin embargo, la realidad no tiene tiempo para el bien y el mal —prosiguió—. No se adapta a tu perspectiva ni a la mía. La realidad solo guarda relación con la verdad, y tu abuelo, el viajero, el cuentacuentos risueño, murió con el corazón lleno de secretos. Stretvanger ha venido a asegurarse de que esos secretos *sigan* siéndolo.

—¿Ahorcándolo en el huerto y grabándole símbolos en el cuerpo?

—Ya aprenderás a no cuestionar al hombre alto de la túnica. Esos símbolos son una contención, una medida para mantener los oscuros misterios de tu abuelo en la sombra. Allí es adonde pertenecen.

Dalya tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—¿Cómo me has encontrado aquí?

—Te he seguido. Desde que saliste de la casa. Esperaba que me condujeses al cuerpo.

—Siento haberte decepcionado —dijo.

El hombre le mostró su deslumbrante sonrisa.

—Yo también lo siento —dijo—, porque tú sabes dónde está el cadáver de tu abuelo, y eso significa que tengo que llevarte ante Stretvanger. Y créeme, no es *nada bueno* para ninguno de los implicados.

Le tendió la mano.

—Vamos. El tiempo apremia.

A Dalya se le tensó el torso. Su agotamiento se ahogó en un océano de aterrada ferocidad y, con una fluida maniobra, sacó la pala ornamentada de donde estaba clavada y atacó con ella. La punta desgarró el rostro al hombre, dejando la carne y el hueso al descubierto. El sonido del marfil en el cráneo reverberó por todo el claro como una afilada onda de choque; el soldado dio un traspié y se precipitó al interior de la fosa vacía.

V

Middlewick resplandecía como un farol bajo el cielo negro, iluminada con fuego y los gritos de los moribundos. Decenas de milicianos recorrían las calles, los campos y las granjas, antorcha y espada en ristre. Las súplicas desesperadas y las llamas chisporroteantes inundaban el gélido aire de la noche mientras los soldados de Stretvanger destrozaban las ventanas, echaban abajo las puertas y prendían las casas en llamas. Los lugareños se echaban a la calle como roedores, aferrándose a sus hijos y posesiones, tambaleándose confusos en camisones y pijamas chamuscados.

La voz de Stretvanger resonaba a través del caos como la llamada de un cuerno de guerra ahogando el estrépito de la batalla.

—¡Tienen cicatrices! ¡Buscad las cicatrices! —vociferaba el obispo mientras la muchedumbre le pasaba de largo en el camino—. ¡Buscad las runas y purgad sus cuerpos con llamas! ¡Si sangran, no están muertos!

Dalya avanzaba a hurtadillas, con el hedor a humo picándole en los ojos. Gateando, rodeó la ciudad, recorriendo su perímetro hasta llegar a la casa de su abuelo, más allá de los pastos. Haciendo acopio de las últimas reservas de energía de sus músculos, se lanzó hacia allí y atravesó a toda velocidad la entrada hecha añicos. Recorrió el pasillo a zancadas y se vino abajo al entrar en la cocina, cayendo de bruces sobre los platos rotos. Las piernas se le quedaron frías y no tenía equilibrio para ponerse en pie; avanzó arrastrándose hacia la despensa, totalmente mentalizada para huir a rastras de Middlewick, tirando del abuelo si no era capaz de incorporarse.

Apartó rodando los barriles de comida volcados, arrancó el panel suelto del suelo y miró abajo. El hedor a descomposición le quemaba en la nariz y la ahogaba como un embrollo de anzuelos. Un violento gemido le brotó del pecho y Dalya comenzó a tiritar.

El agujero estaba vacío. Pisadas cautas resonaron por la casa.

—¿Instanten? —llamó, pero no hubo respuesta.

Rebuscó entre los escombros del suelo de la despensa, apartando trozos de platos y astillas de azulejos y madera. Escarbó entre el revoltijo, buscando un cuchillo o un trozo de plato roto puntiagudo y lo suficientemente grande para defenderse hasta llegar a la entrada, pero se detuvo en seco cuando vio las tijeras de podar en el pasillo, junto a la entrada de la cocina.

Manchadas de sangre de arriba a abajo.

La luz de una antorcha iluminó las paredes, y Harringer, un tanto vencido bajo la pesada armadura, se interpuso en su visión y eclipsó la puerta de la despensa. Se tomó un momento para estudiarla a la luz y, acto seguido, se inclinó hacia atrás y dijo hacia la cocina:

—¡La he encontrado! Está aquí.

Se oía parloteo ensordecido procedente de fuera. Harringer le tendió la mano, pero Dalya retrocedió, acercándose al agujero vacío.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Su voz sonaba ronca y resquebrajada, saliendo a duras penas de sus labios.

—Algo que jamás había visto.

Tenía los ojos redondos y brillantes de preocupación.

—Los otros seis cadáveres han desaparecido del huerto.

—¿Desaparecido?

—No están. Han desaparecido.

—¿Y mi abuelo?

Alguien gritó fuera. Los dedos de Harringer rozaron la empuñadura de su espada. Volvió la mirada a Dalya y le ofreció la mano de nuevo.

—Tenemos que irnos.

Dalya se quedó mirándolo embobada durante varios segundos, jadeando entrecortadamente.

—Creo que no puedo ponerme de pie.

Harringer entró y la recogió del suelo. Dalya le echó los brazos al cuello mientras él retrocedía a la cocina. Los restos de platos y cubiertos crujían bajo las botas del joven soldado. Justo cuando salieron al pasillo, Stretvanger le plantó a Harringer su inmensa mano nudosa sobre la coraza.

—Déjala en el suelo —rugió el gigante, con la cabeza ligeramente inclinada bajo el tejado de la casa.

La sangre manchaba la parte delantera de sus ropajes, y un fino rastro de costra carmesí le salía de una oreja.

Harringer titubeó. Stretvanger le cruzó la cara de una bofetada, mandando al soldado dando tumbos a la cocina. Dalya se le cayó de los brazos y se precipitó al suelo mientras la titánica forma del obispo se le venía encima. Stretvanger se metió una mano en la túnica y sacó una daga curvada de entre sus pliegues. Sus dedos se enroscaron alrededor de la empuñadura como huesudas serpientes. El obispo se inclinó para acercarse; la columna y las rodillas le crujían al moverse.

La niña sentía el aliento abrasador en su rostro.

—¿Dónde está tu abuelo? —susurró.

Negó con la cabeza.

—No... N-no lo...

Stretvanger arremetió, cortándole la mejilla con el frío acero. Dalya parpadeó; las lágrimas afloraron a sus ojos.

—¡Dime dónde! —rugió, agarrándola por la ropa e izándola por los aires. Harringer observaba desde el extremo de la estancia, pálido y con los labios entreabiertos, cómo el obispo sostenía el cuchillo junto a la garganta de Dalya.

La muchacha abrió la boca para hablar; movió los labios y la lengua, pero no hallaba palabras.

—Regaré las flores de tu abuelo con tu sangre —susurró Stretvanger—. Arrasaré la campiña. Borraré todo rastro de tu existencia con fuego si no me contestas.

—Yo...

El cuchillo presionó su garganta y Dalya se encogió. Sus ojos se encontraron con la inquebrantable mirada pétrea de Stretvanger y no vio señal alguna de que estuviese fingiendo; nada que revelase falta de sinceridad o que aquello fuera un ardid. Pero tampoco había malicia. Dalya solo vio terror, un miedo absoluto y urgente, en las enormes pupilas del gigante.

—El bosque. Hay un claro al este del molino. Está dentro de una fosa abierta.

Con la mano del cuchillo, Stretvanger señaló a Harringer.

—Ve —ladró, y el joven salió corriendo por el pasillo y cruzó la entrada gritando órdenes a sus camaradas en las calles.

—Bájame, por favor —murmuró Dalya.

El obispo estudió la cocina, negando con la cabeza.

—No, no, no —murmuró con una sutil sonrisa, mientras sus ojos exploraban las paredes.

Salió al pasillo y la adentró más en la casa, abriendo varias puertas en el camino.

—No creas haberte librado, pequeña. Todo esto es por *tu* culpa.

Abrió la puerta del sótano; un tramo de escaleras se adentraba en la absoluta oscuridad bajo la casa, como una lengua dentada en unas fauces siniestras.

—Volveré a por ti pronto —le prometió Stretvanger—. Para hablar de la impiedad de la mentira.

De golpe, la oscuridad se precipitó, engulléndolo todo. Dalya rodó escaleras abajo, machacándose las costillas y viendo girar el mundo a su alrededor mientras caía al sótano. Se estampó contra el suelo de piedra con un sonoro batacazo. La puerta en lo alto de las escaleras era una línea de luz cada vez más fina según Stretvanger cerraba la puerta y le cortaba la salida.

Más allá de las paredes, oía los gritos apagados de los vecinos mientras Middlewick ardía en la noche. Oía a las ratas moverse por las esquinas del sótano. Oía su propia respiración, ronca y trabajosa, sus propios gritos agudos de dolor mientras avanzaba arrastrándose hacia la mesa de trabajo de su abuelo, perdida en algún lugar de la oscuridad.

Alzando un brazo, tanteó la mesa en busca de una vela. Se la puso delante cuidadosamente y buscó a ciegas entre las herramientas un encendedor. Apoyó la vela con firmeza y arrastró el pedernal por el suelo. Una lluvia de chispas salpicó la oscuridad y, con los dedos entumecidos, Dalya volvió a rascar una y otra vez hasta encender la mecha.

Entrecerró los ojos ante el brillo de la pequeña llama. La cera goteó por sus nudillos mientras se adaptaba a la frágil claridad y, al cabo de unos segundos, alzó la vela para empezar a examinar el sótano.

La luz de la vela iba desvelando cada rincón: la mesa de trabajo, las estanterías, las cajas junto a las escaleras... La agotada mente de Dalya a punto estuvo de obviar al hombre disecado que había contra la pared de enfrente. Sus rasgos le resultaban familiares: la caída de los hombros, el nacimiento del pelo..., aunque aquel tipo estaba andrajoso y ajado, como alguien que llevase la piel de su abuelo. Tenía unos ojos venosos y lechosos que reflejaban el brillo de la llama, y la boca le colgaba como un jirón de tela. Los brazos y las piernas le caían sin vigor de las articulaciones. Se encogió ante la mirada de Dalya.

La muchacha podía sentir su propio pulso retumbándole en los oídos.

La criatura gruñó y avanzó tambaleándose, revelando las pálidas cicatrices rúnicas que le cubrían el pecho y los muslos. Dalya retrocedió, respirando agitada y con dificultad. Desde la oscuridad, le siguieron otros seis, profiriendo sonidos inhumanos con sus deformados rostros.

—¿Abuelo? —dijo, con voz débil y lastimera.

La vela se precipitó al suelo.